

AGUA

Por: Enrique Patiño
Artista invitado



© Enrique Patiño.

REFLEJOS VARIOS

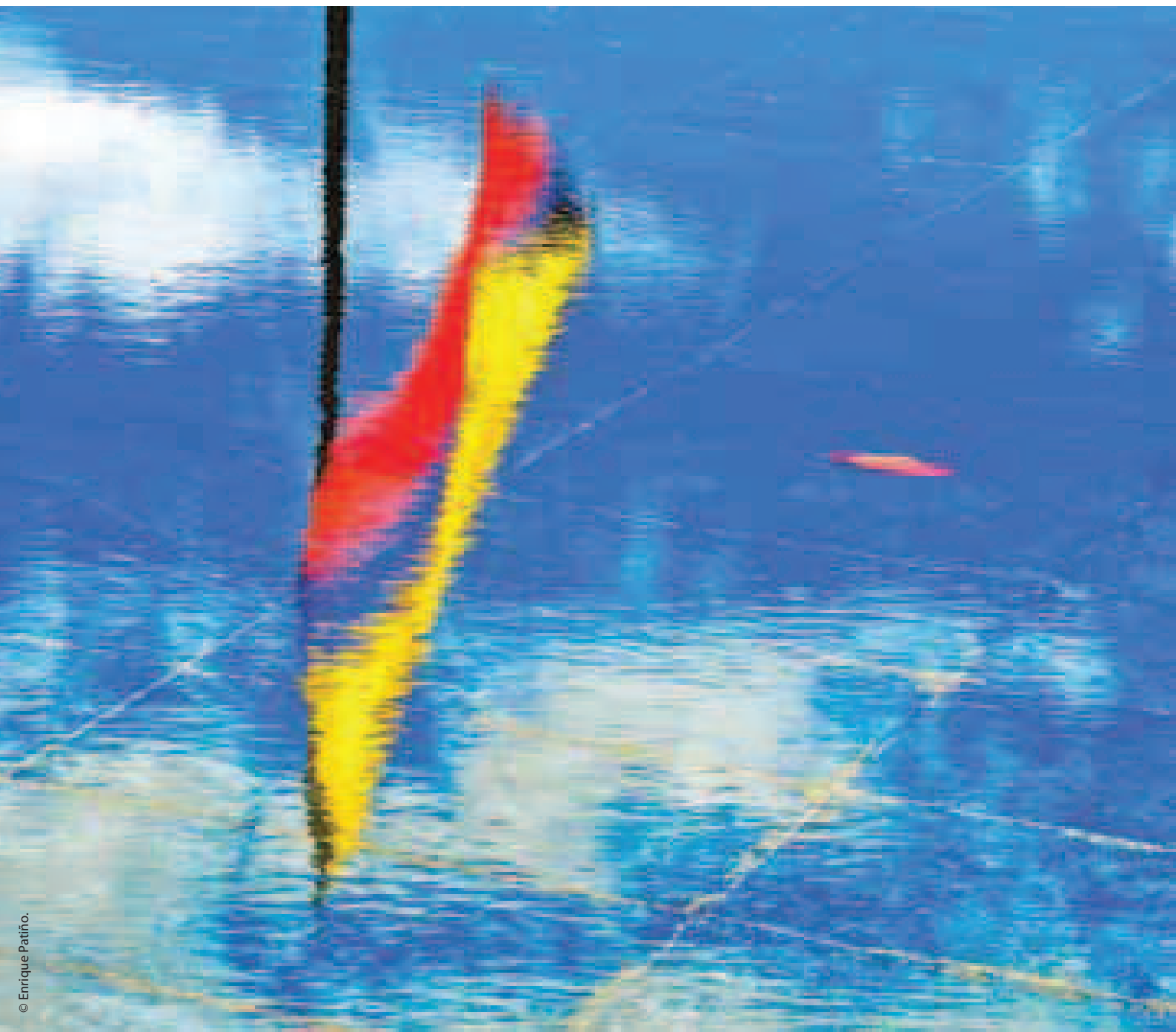
Millones de años atrás un primer ser innombrado abandonó las aguas y se posó sobre la orilla. Hoy nosotros volvemos al agua con la fascinación del que sabe que algo deja atrás; que allí hay una parte de lo que fue. Por eso, quizás, contemplar el mar produce nostalgia. Y causa goce y temor, al mismo tiempo, ir más allá de sus límites. Pero volvemos al mar para reflejarnos; para entender que el agua nos moldea y se amolda; que no es otra cosa que un espejo en el que nos deformamos para entender que somos materia cambiante, como estas personas en un cuerpo de agua en la bahía de Gaira. Somos agua y en agua nos convertiremos.



© Enrique Patiño.

REFLEJO AMARILLO

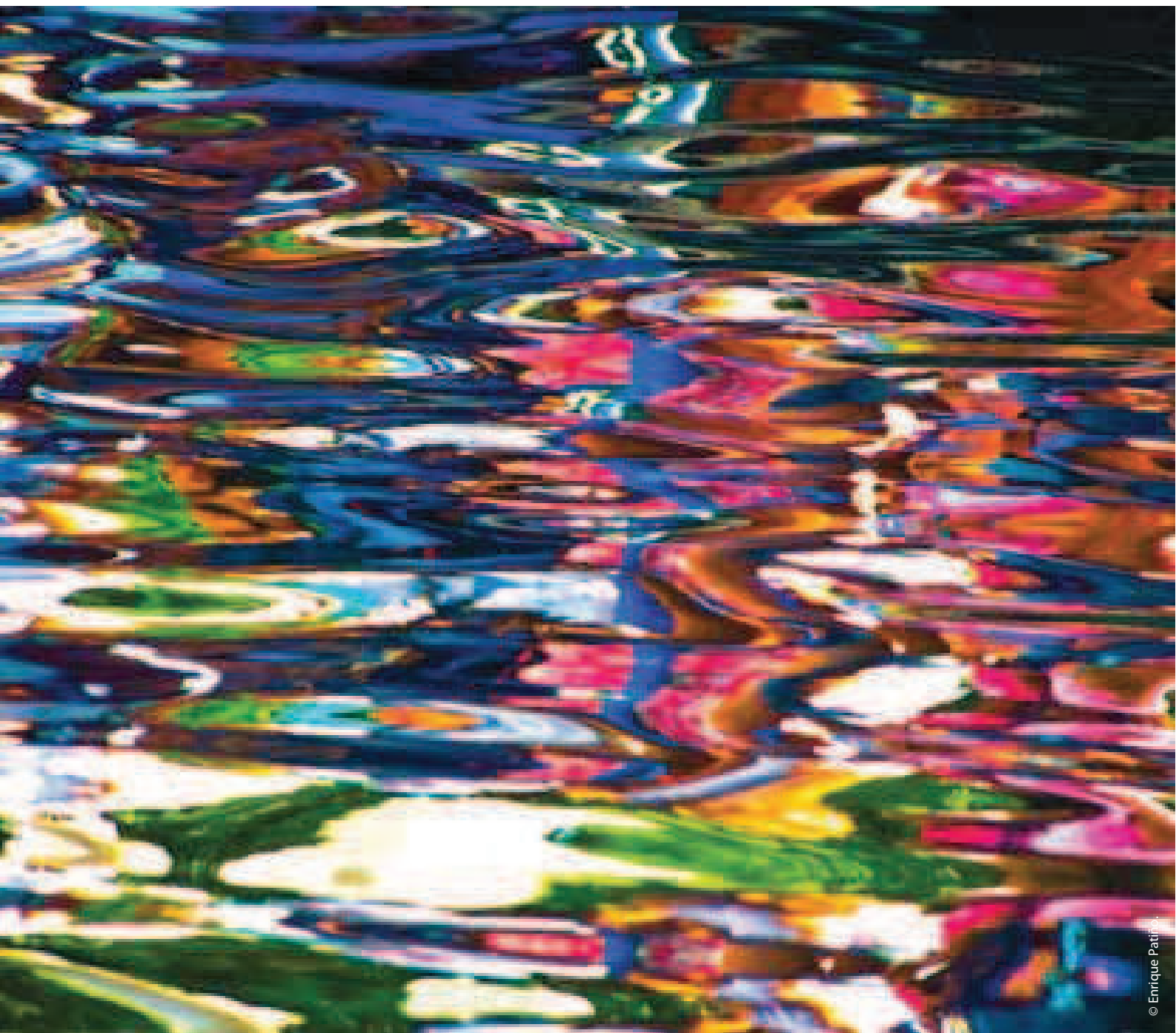
Al caer el sol, sobre las seis de la tarde del Caribe, los turistas en masa miran el espectáculo del astro que se duerme entre las nubes bajas del horizonte limpio. El reflejo es una larga línea que cruza el mar y llega directo a cada uno, como si cada persona fuera la única elegida. Quizás enceguecidos por ello los primeros españoles creyeron que, en efecto, en estas tierras sí existía la leyenda de El Dorado. Buscaron donde no era: el secreto estaba en las orillas.



© Enrique Patiño.

BANDERA REFLEJADA

Incluso si uno no lo desea, incluso si uno no se percata, siempre refleja el país en donde vive. Quienes habitamos esta patria llamada Colombia reflejamos el brillo de los colores de su trópico, la calidez, la risa, el desparpajo, la fiesta y cosas menos bellas como la desconfianza y el miedo, la ira sin medida y la desidia, y algunas tan complejas como la capacidad de darlo todo por los que queremos y de someternos a la barbaridad sin inmutarnos. Somos como el agua que refleja la bandera: independientes y vitales, pero condicionados por una patria que nos marca y determina.



REFLEJOS DISTORSIONADOS

Cuando tomé la foto, sabía qué había en ella. Pero el agua tiene el poder de borrar los recuerdos y de reconvertirlos en algo nuevo. En eso radica su belleza: en que elude las interpretaciones, borrona la realidad, reinventa los tamaños y construye, a partir de los reflejos, su propio arte en movimiento.

AGUA AZUL

A las cinco de la tarde el agua de San Andrés reverbera en el océano. Es como una caldera de azules y blancos hirientes. Dentro, todo sucede. Afuera, apenas la calma.



Uno de los pocos rituales que se conservan en un mundo sin misticismo es el hecho de bañarse. Entrar a diario, desnudo, a un lugar en el que el agua lava todo, es lo más cercano a las abluciones que hacían en la antigüedad nuestros parientes primates. Si es cierto lo que dicen los estudios, el agua que hubo al principio del tiempo es la misma que bebemos hoy. Estamos conectados.



© Enrique Patiño.